

Porosidad, ligereza, casualidad.

Habría que lograr, sin pretenderlo, que la anotación reprodujera en su lenguaje, en su cadencia, un instante de visión, de pensamiento, de imaginación, desechando lo accesoriamente informativo.

24

Los cuaderlistas puros son grafómanos que han decidido acampar de forma permanente en sus cuadernos.

Pero también hay cuaderlistas que están de paso. Escritores de toda clase que siguen regresando a sus cuadernos, como cuarteles de invierno, para volver a encontrar el pulso de su escritura. «Estos papeles me sirven para aprender a escribir», reconoce Josep Pla. «No para aprender a escribir bien, sino para aprender a escribir». Se trata, como para otros cuaderlistas, de una necesidad elemental, irrenunciable. «Las líneas que escribo aquí me resultan tan vitalmente necesarias como el respirar».

26

No te sale, insiste. No te sale, insiste. No te sale, insiste. Pero ¿para qué? Da igual, insiste.

34

Cuaderlista, no prometas que no dejarás pasar ni un solo día sin anotar nada en tu cuaderno. ¿Para qué?

Promete, mejor, que no vivirás de tal modo que haya días sin nada que anotar en tu cuaderno.

35

El 16 de diciembre de 1910, Franz Kafka estaba de buen humor.

Abrió su cuaderno, anotó un puñado de palabras y una corriente de alivio subió por sus brazos y le cosquilleó las sienes. De repente, nada parecía tan grave. Todo estaba más o menos en su sitio. Se sentía a salvo, en paz con todo y todos. Ese fugaz destello de alegría, de apenas un par de minutos, había brotado del cuaderno y volvió al cuaderno en forma de firme propósito:

«Ya no abandonaré mi diario. Tengo que aferrarme a él, no tengo otro sitio donde hacerlo». El cuaderno le salvaba de la apatía y la insignificancia que caía sobre él cada tarde, al regresar de un trabajo anodino y mortificante. Se aferraba al cuaderno para no quedar sepultado bajo el paso indolente de los días. Para existir, o haber existido, alguna vez, o algún día, en un futuro improbable y radiante.

37

Si la memoria te juega una mala pasada y has perdido para siempre una idea, nada está perdido. Pascal tiene la solución en una de las muchas anotaciones dedicadas al tema del azar que se encuentran en ese manojo desordenado de papeles que se conoce como los *Pensamientos*.

«El azar da los pensamientos y el azar nos los arrebató; no hay artificio que pueda conservarlos o adquirirlos. Se me ha olvidado un pensamiento que quería escribir; lo que hago es escribir que se me olvidó».

38

Todo cuaderlista es un calígrafo, aunque su letra sea tan endemoniadamente ilegible como los microgramas a lápiz de Robert Walser.

cuaderlista

2

Paul Valéry se levantaba cada mañana entre las cinco y las seis, encendía un cigarrillo —no sabemos si también se preparaba un café— y se sumergía en la escritura de sus cuadernos durante un par de horas sin interrupción. Así durante cuarenta y cinco años. «Estos cuadernos son mi vicio», confesó alguna vez.

En ese monumental diario intelectual que son sus *Cuadernos*, Valéry registró los «hechos del pensamiento mismo», las ideas como objetos observables y en constante mutación: «Estos cuadernos representan la naturaleza provisional, perpetuamente provisional, de todo lo que me viene a la mente».

Pero esos papeles, además de una disciplina mental, eran también el último refugio, «una forma del deseo de estar conmigo, y hasta de ser yo».

3

El cuaderno es el laboratorio del instante, de la impresión escurridiza: figura vaporosa de un pensamiento, rayo de sol tibio sobre una fachada o cielo azul brillante de una tarde de marzo.

Mirada y pensamiento son una misma cosa en el rastro que va dejando la mano sobre la superficie del cuaderno.

4

Los papeles de Ludwig Höhl colgaban de un cordel que atravesaba su estudio como ropa tendida o como fotografías recién reveladas.

Había descubierto el verdadero sentido del trabajo: corregirse, reescribirse, reordenar las frases y los fragmentos de sus anotaciones en busca de una combinación definitiva. Esa fue su principal ocupación durante los veinte años que pasó voluntariamente encerrado en aquel sótano.

A aquel lugar llegaban muy pocos lectores, pero sí algunos incondicionales como Friedrich Dürrenmatt o Max Frisch, que a veces traían la merienda. El verdadero lector tardaría en llegar, pero terminaría llegando, como barruntaba Höhl: «Que tendrá lectores, y en el sentido más riguroso, está fuera de toda duda. Lo que no sé es simplemente cuántos y cuándo».

5

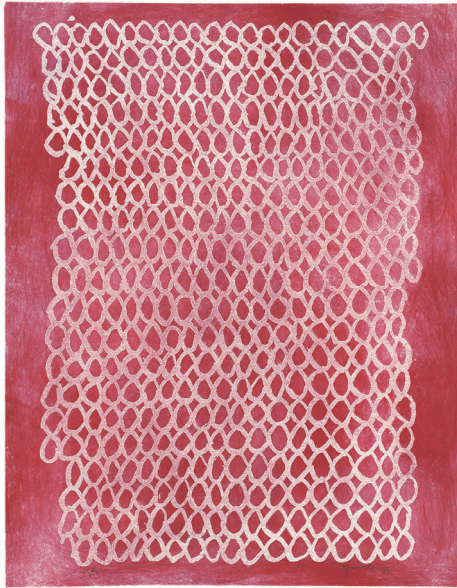
Escritura nacida en, para y a través del cuaderno.

El cuaderno como punto de partida, como media y como fin de la escritura. El cuaderno como soporte de una obra siempre provisional, imperfecta y abierta.

7

Yoshida Kenko, un bonzo budista japonés del siglo XIV, cultivó un método de escritura muy similar al de Ludwig Höhl. Pero, en lugar de cuerdas, utilizaba las paredes de su cabaña, donde iba pegando los papeles que llenaba ociosamente con su pincel y que posteriormente fueron recopilados por su amigo Imagawa Ryōshun. Al comienzo de sus *Ocurrencias de un ocioso*, escribe:

«En medio del ocio, en este océano de paz, paso los días inclinado sobre el tintero, tratando de recoger en el papel las descabelladas ocurrencias que cruzan por mi mente. Yo mismo me he quedado sorprendido de tantos desatinos».



Joan Hernández Pijuan, *Del jardín XIV*, 1997 (aguatinta).



Joan Hernández Pijuan, *Del jardín XVIII*, 1997 (aguatinta).

8

El cuaderno tiene su razón de ser en lo fragmentario y aparentemente inconexo. Pero no persigue otra cosa que crear un mundo.

Para el cuaderista, cada uno de sus cuaderos es un mundo, pero todos sus cuaderos forman un solo mundo.

Necesidad y contingencia son una sola y misma cosa para la cuaderística.

9

El cuaderista piensa: «Soy el único cuaderista sobre la tierra». Y la verdad es que no le falta razón.

14

Tener una idea y luego tener que pensar en cómo sacar esa idea de dónde está, qué espacio darle y qué nombre ponerle.

Sería inútil abrirle un túnel, porque siempre se ocultaría más al fondo.

Sería inútil ponerle una cama, porque se echaría a dormir en cualquier otro lugar.

Sería inútil llamarla por lo que todavía no es, porque olvidaría lo que empieza a ser y terminaría apagándose.

17

Un cuaderista con talento es cien veces un buen escritor, ha escrito un cuaderista.

Pero un buen cuaderista no debería tomarse a sí mismo demasiado en serio. Vive y escribe. Vive sin dejar de escribir y escribe sin dejar de vivir. Ese es su don. No escribe para vivir ni vive para escribir. Escribe, simplemente, para no dejar de escribir. Esa es toda su audacia.

Eso es todo, pero no es tan poco. Por eso el cuaderista debería quererse un poco a sí mismo —un poquito, al menos—. La cuaderística, como toda escritura, requiere un mínimo irreductible de

autoengaño para poder seguir viva. Mallarmé lo tenía muy claro con respecto a la literatura: una vez desmontado el juego, la ilusión, el placer se desvanece y todo se va al garete. Y ya no queda vuelta atrás.

O puede que sí. Y quizás el cuaderno sea justamente eso: la enésima reencarnación después del GAME OVER.

21

En noviembre de 1975, Peter Handke comenzó a llenar un diario con anotaciones para una futura novela. Volcaba en el cuaderno todas sus observaciones e impresiones cotidianas, para posteriormente reelaborarlas en un marco ficcional. Pronto descubrió que algo estaba fallando. Todo lo que no se adecuaba al objetivo literario marcado se estaba quedando fuera del cuaderno, cayendo en el más absoluto olvido. El coste era enorme. Así que decidió deshacer el molde, no filtrar, no dirigir, no descartar, dejar que todo cupiera en aquellas páginas.

«Poco a poco», escribió, «el plan se destruyó y solo quedó la anotación espontánea de percepciones libres de objetivo alguno». Aquel diario se convirtió, según Handke, en «la crónica de una conciencia». Y eso es *El peso del mundo*, un cuaderno nacido de un proyecto de ficción desmantelado, invadido por los destellos de una realidad que empuja y reclama ser mirada, ser escrita.

Escritura que desborda una forma y una dirección prefijadas para abrirse a todas las formas y direcciones, en busca de un mundo.

22

La acumulación indolente de anotaciones acabaría segregando bajo su peso, por fricción, alguna clase de sentido. Un sentido que no se busca ni se construye.

Un lenguaje desnudo, desarticulado, elástico, escurridizo. ¿Y los datos, las referencias? Reducidos a su mínima expresión, como un anclaje inevitable al correr del tiempo y el espacio.